

—Sea lo que quiera, dijo don Rodrigo de Santillana, Gabriel de Espinosa será ejecutado esta tarde á las cuatro si el rey no manda suspender la ejecucion.

—Pues bien, que caigan sobre vos la maldicion divina y la venganza humana, dijo Aben-Shariar.

Don Rodrigo se estremeció.

—Ahora, dijo Aben-Shariar, venid á entregarme á mi hermana.

—Os daré una órden para que os la entreguen; enviaré con vos á mi secretario Pedralva.

—No, no, venid vos; puede ser que la esposa del sentenciado tenga algo que deciros.

—Sois implacable conmigo, monseñor; pero una vez aceptado el sacrificio, no hay que pararse en hacerle más ó menos doloroso. Vamos.

Don Rodrigo de Santillana se ciñó su espada, se puso su bonete y su capa de tercianela, tomó su vara y salió de su casa con Yhaye-ben-Shariar.

## II.

La cárcel, como hemos dicho anteriormente, estaba en la plaza, á poca distancia de la casa del alcalde, y llegaron á ella en poco tiempo.

El alcaide, por órden de don Rodrigo, llevó á éste y á Yhaye al encierro de Sayda Mirian, que estaba al extremo opuesto de aquel en que se guardaba á Gabriel de Espinosa.

Las ventanas enrejadas del encierro de Sayda Mirian daban á la plaza.

## III.

Cuando entraron el alcalde y Aben-Shariar vieron que á una de aquellas rejas que estaba abierta, habia una mujer completamente vestida de negro, de espaldas á la habitacion y mirando á la plaza.

A pesar de que habia resonado con fuerza la puerta al abrirse y otra vez al cerrarse, la mujer no dió muestras de haberse apercebido de ello.

Llegaron juntos hasta enmedio de la habitacion el alcalde y Yhaye, y éste último adelantó solo desde allí hasta llegar junto á la mujer.

El alcalde se habia detenido pálido y trémulo.

A pesar de que Yhaye se habia acercado á la mujer hasta tocarla, ésta permaneció inmóvil con la mirada fija en un objeto que se veia en medio de la plaza á la dudosa luz de la noche.

Aquel objeto era una horca.

Yhaye la vió tambien y se estremeció.

Comprendió cuánto debia sufrir Sayda Mirian, porque era ella la mujer que con una atonia horrible miraba la horca que se destacaba de una manera infame en medio de la plaza.

## IV.

—¡María! dijo con voz ronca Yhaye-ben-Shariar.

María se volvió lentamente y miró de una manera profunda á Yhaye.

Su palidez era horrible, y una ardiente fiebre lucía en sus ojos.

Los diez meses de prision, de ansiedad, de espanto que habian pasado por ella, la habian envejecido.

Estaba flaca, demacrada, y sus hermosos cabellos negros habian encanecido en su mayor parte.

Y sin embargo, aún era hermosa.

Vestia un traje completamente de dama, pero traje de luto.

Al ver á Yhaye vió tambien á don Rodrigo y se lanzó sobre él.

Le miró un momento de una manera inmensamente terrible, y luego le asió una mano y lo arrastró violentamente consigo hasta la reja de donde habia acabado de apartarse.

—¡Mirad! le dijo; aquella es una horca.

Yo no sabia que las rejas de este encierro correspondian á la plaza, dijo como hablando consigo mismo Santillana y con la voz cavernosa.

—¡Esa horca es para él! ¿No es verdad? dijo María con una voz y una expresion de que en vano pretendiamos hacer cargo á nuestros lectores.

Expresaba todo el afan, toda la agonía, todo el horror que puede sentir una criatura.

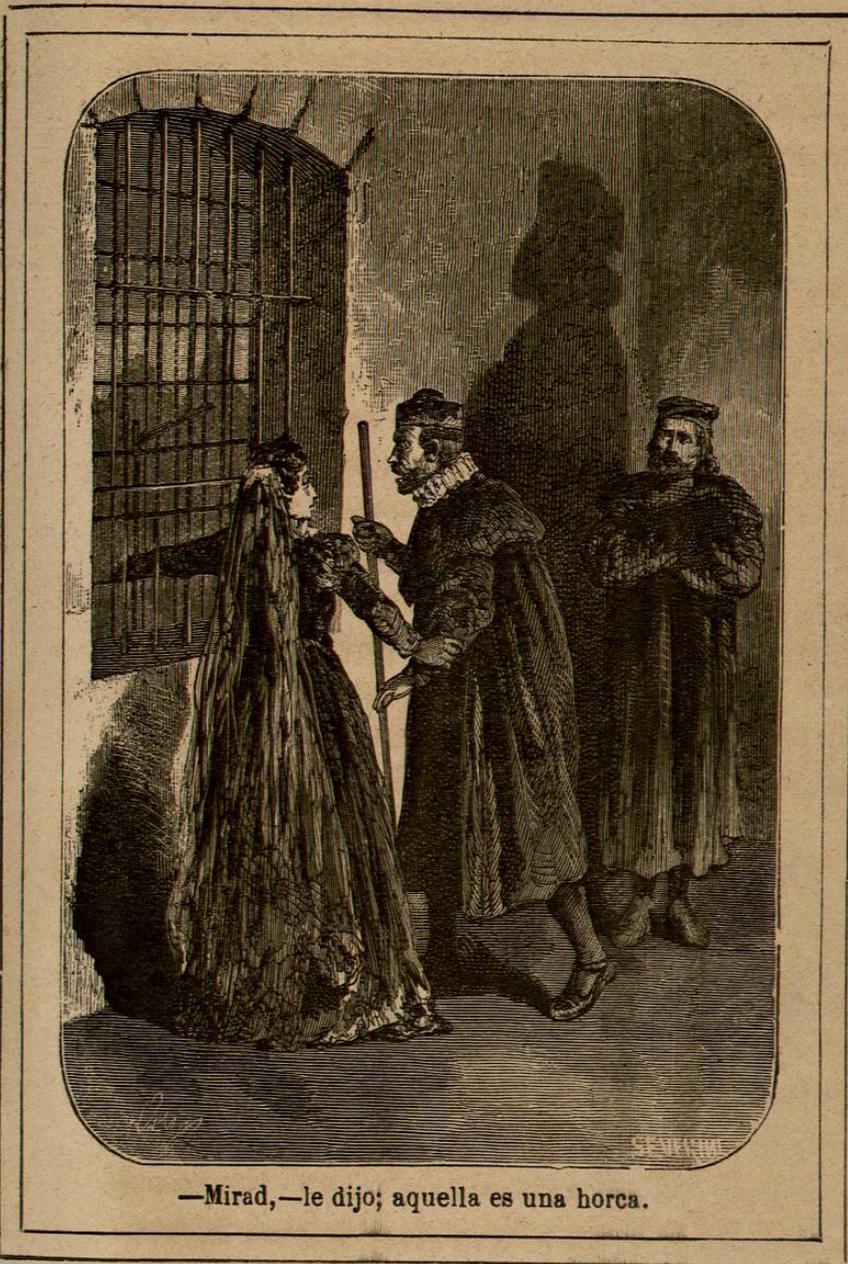
—¡Dios lo quiere, señora! ¡Yo no! exclamó aterrado el alcalde.

—¡Que no lo quieres tú, y tú eres su juez!

—¡Yo no! ¡Yo no! ¡El rey!

—¡Pues bien! ¡Malditos seais el rey y tú!

—¡Señora!...



—Mirad,—le dijo; aquella es una horca.

—¡Y para esto le arranqué yo como muerto de entre los cadáveres del campo de batalla de Alcázar-Kivir! ¡Para esto luché yo cuerpo á cuerpo con la muerte que pretendia arrebatármelo! ¡Para esto he abandonado yo mi pátria, mi religion, mi grandeza! ¡Para esto he sufrido yo un largo martirio de diez y siete años! ¡No! ¡No puede ser! ¡No puede ser que habiéndole yo librado de tantos peligros, venga á morir en manos de un alcaldillo! ¡De un miserable esclavo como tú! ¡No! ¡No puede ser y no será!

—¡El rey! ¡Yo no! ¡El rey! dijo completamente aturdido don Rodrigo, porque le espantaban el dolor y la cólera de Sayda Mirian.

—María, dijo Yhaye, sus imprudencias son la verdadera causa de su fin desastroso; tú has cumplido hasta ahora con tu corazon y con tu deber; pero aún te queda un doloroso deber que cumplir.

—¡Sí, el de vengarle!

—No, dijo Aben-Shariar; el de vengarle no, porque Dios se ha encargado ya de la venganza; porque tienes delante de tí al juez que te ha sentenciado, estremecido, tembloroso y herido en la frente por la mano de Dios.

—¡Pero le mata! ¡Pero va á morir, y no quiero que muera!

—Tú eres muy valiente, María, tú eres capaz de todas las grandezas y de todos los sacrificios del alma, y no puedo, no debo engañarte: una vez cometida por él la imprudencia de venir á Castilla, una vez en poder del rey don Felipe, es imposible, de todo punto imposi-

ble salvarle. Ni á Venecia interesa tanto el rey don Sebastian, que rompiendo por él su política de sostener la paz á todo trance, declarase la guerra al rey de España, ni aunque declarase la guerra podria impedir, penetrando en el riñon de Castilla, arrancar al rey don Felipe su víctima, ni el rey don Felipe dejaria que se la arrancasen, aunque para ello le acometiesen todos los reinos de Europa: él les arrojaría á la cara el cadáver del rey don Sebastian.

—¡Con que no hay esperanza! dijo desesperada Sayda Mirian.

—Pregúntaselo á ese hombre que tiembla delante de nosotros, que siente sobre sí la mano de Dios, y que tiene sin embargo el horrible valor del esclavo, que lo arrostra todo: la pérdida de la vida, la pérdida del alma, antes que desobedecer á la voluntad de su despótico señor.

—¡No, no hay esperanza, dijo don Rodrigo con la voz entera y terrible: el rey lo manda, y lo que el rey manda, se ha de obedecer, vive Dios!

Y el alcalde, altivo, enérgico, terrible, hirió vivamente el pavimento con el extremo de su vara de justicia.

—Ya lo ves, dijo sombríamente Yhaye; no me hables más del perdon, de la grandeza del alma, del holocausto á la virtud, que predicaba el profeta Jesús (1); este hom-

(1) Téngase presente que habla un musulman, y que los musulmanes reverencian á Jesucristo, á quién llaman el espíritu de Dios, pero al que consideran como un profeta inferior á Mahoma.

bre es cristiano, y sin embargo, su alma es esclava de la tiranía; este hombre no conoce á Dios, porque es idólatra del rey; porque para él, el rey es lo primero; despues del rey, Dios. Sabe que comete una injusticia; sabe que prepara á un hombre la corona del martirio; nosotros dudamos de que Gabriel sea el rey don Sebastian, y él no lo duda. Sin embargo, es en su conciencia el regicida de un rey desventurado por servir á la ambicion y á las lúgubres propensiones de un rey poderoso; no, no alientes ni la más leve esperanza; porque los castellanos tienen un ídolo que se llama honor, y este ídolo les manda obedecer ciegamente al rey; y como el rey don Felipe rinde culto al ídolo de la ambicion y de la soberbia, como Gabriel de Espinosa representa para el rey don Felipe la pérdida del reino de Portugal, no hay esperanza. Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian, será ahorcado esta tarde á las cuatro.

Sayda Mirian dió un grito.

—¿Para qué me habeis traído aquí? dijo Santillana.

—¿Y por qué habeis venido vos? exclamó con acento terrible Yhaye. ¡Porque todo lo que pertenece á vuestra víctima os atrae, como atrae un abismo al imprudente que se atreve á mirarle desde su borde! ¡Como traga la inmensidad al que la mira desde la gigantesca cortadura de una montaña! ¡Vos, vos, os habeis asomado al borde de la eternidad al tener entre vuestras manos la cabeza de un rey, y la eternidad os traga, la eternidad os devora! ¿Para qué vengarse de vos? ¿Qué más venganza que el terror frio, el terror sobrehumano que sentís? Y

luego, ¿qué sois vos más que el miserable instrumento de un tirano horrible?

—¡Yo no sé donde estoy! ¡Yo sueño! ¡La locura se apoderada de mí! dijo como hablando consigo mismo Santillana.

—¡Miralo, Mirian! ¡Él es juez, él verdugo, y sin embargo, tiene más miedo que su víctima! Su víctima tiene el perdón y la sonrisa de Dios, y la eterna felicidad, después de un breve martirio; porque el Dios de Abraham y de Ismael es también el Dios de la infinita misericordia; el Dios que premia á sus mártires con las eternas delicias del paraíso, y castiga á los réprobos sumergiéndoles en el eterno fuego que se despeña rugiente por debajo del terrible puente Sirat. ¡Mira, mira al verdugo cómo se retuerce á impulsos del terror; mira, mira cómo su semblante está más lívido que el más lívido semblante de los cadáveres que tú viste cuando buscabas entre ellos á tu infeliz rey don Sebastian, al esposo de tu alma! ¡Partir de una puñalada el corazón de ese hombre, sería traer sobre su cabeza la misericordia de Dios! ¡No, nuestra venganza y su castigo, es dejarle la vida; una vida breve, pero horrible; una vida semejante á la del viejo rey don Felipe; una vida en que durante su breve sueño y su larga y afanosa vigilia, verá continuamente delante de sus ojos, por más que los cierre, el espantoso, el lívido, pero aterrador espectro del rey don Sebastian!

A medida que Aben-Shariar pronunciaba su discurso, el alcalde se iba encorvando.

Luego, sus rodillas se doblaron, y lentamente cayó sobre ellas, apoyado en su vara de justicia.

—¡Y ese hombre, ese hombre que tiembla y se doblega bajo el peso de su conciencia, ese hombre puede, arrojando el martirio, salvar á un mártir ó perecer con él, logrando la bendición de la eterna justicia! Ese hombre puede derrocar esa horca, romper los hierros del rey don Sebastian, porque ese hombre que ves ahí doblegado por el miedo á la justicia de Dios, está investido de todo el terrible poder del rey don Felipe.

—¡Salvad, salvad á mi esposo! exclamó Sayda Mirian inclinándose sobre Santillana, y dejándole oír su voz ardiente, inmensa, en su mismo oído. ¡Salvad al rey mi esposo! ¡Huid con él! ¡Pedidme mi sangre! ¡Si quereis tesoros, los tendreis! ¡Salvadle, y esperadlo todo! ¡Vos sereis el primer vasallo, el primer amigo, el hermano, el padre del rey de Portugal!

—¡Y la infamia habrá caído sobre mi cabeza! exclamó don Rodrigo alzándose prepotente y sobreponiéndose á todo. Y las gentes, al verme cargado de riquezas, de dignidades, exclamarán señalándome con el dedo: ¡hé ahí un traidor! ¡No, no, y mil veces no! Mi ascendencia de caballeros no tendrá que avergonzarse, yo os lo juro, por su último descendiente; honrada como vivió ha de acabar mi familia; dejad que mi conciencia me atormente como hombre; no pretendais que yo manche mi fama como hidalgo ni como juez; el rey lo manda; Dios tiene en su mano los corazones de los reyes; el rey dará cuenta á Dios en su juicio del bien ó del mal que haya hecho; al vasallo no le toca más que obedecer ciegamente al rey, porque el rey es la sagrada, la inviolable persona que representa á Dios sobre la tierra; porque el rey es

el ungido del Señor; peor para el rey, porque le valiera más no haber nacido, que quebrantar y torcer la justicia que Dios ha puesto en sus manos, si por su ambición ó por sus pasiones falta á ella; peor, un millon de veces peor para el rey; pero al vasallo no le toca usurpar la potestad de Dios, el único que puede juzgar á los reyes; yo me lavé las manos; yo no debiera atormentarme por este negocio; porque no he sido yo, no: yo, sabedlo, y sabedlos vosotros solos, yo he puesto mi alma, mi alma entera en este negocio; yo le he dificultado cuanto he podido; yo, á peligro de que el rey me depusiese, me encarcelase, se ensañase conmigo, me despedazase, he hecho cuanto he podido hacer, trabajando dia y noche sin descanso; le he manifestado cuanto encontraba de misterioso en el reo sujeto á mi juicio; le he dejado ver de la manera que me era posible mi incompetencia y mis vacilaciones; le he expresado una y cien veces, á pesar de que sabia que le desplacia con ello, la continua y enérgica solicitud del acusado, de que el rey enviase quién le conociese, ya que el mismo rey no quisiese que le fuese presentado; grandes secretos de Estado revelados á mí por Espinosa, han sido puestos por mí en conocimiento del rey, y siempre que yo hacia esto, me halagaba la esperanza, siempre ilusoria, de que la mano de Dios tocase la cabeza del rey y le iluminase con un rayo de su eterna sabiduría; porque yo dudaba, porque yo vacilaba; porque mi razón se perdía en las densas tinieblas de la duda. Un dia recibí una orden del rey, en que solo se contenian estas palabras: —«Dad tormento á Gabriel de Espinosa.»—Obedecí, y fuerza es con-

fesarlo, por más que os desagrade á vosotros que teneis tan grande idea de ese hombre misterioso, á las pocas vueltas de cordel, y eso que yo de intento no le trataba con demasiada dureza, confesó lo que le perdía; confesó que era un impostor; él habrá dado grandes muestras de valor, no lo dudo, en campaña, hierro en mano, en medio del cerrado tropel de enemigos victoriosos; pero fué cobarde en el tormento, y se perdió; cobarde, sí, cobarde, monseñor, no arqueéis las cejas; hace treinta años que soy alcalde de casa y córte: en esos treinta años son innumerables los casos en que he sujetado un hombre á la prueba del tormento, y oid: bandidos infames y vulgares, cuyo delito conocia yo, han resistido como fieras; los cordeles han despedazado sus brazos; la sangre ha reventado por sus dedos; los he tratado á muerte, los he dejado mancos, y no han confesado, ¿Por qué Gabriel de Espinosa confesó? A no confesar, yo me hubiera amparado de las leyes y no hubiera sido sentenciado, yo os lo juro, porque el rey no se hubiera atrevido á decir á don Rodrigo de Santillana y siendo yo quien soy: —«Sentenciad contra la ley.»—No; porque yo no hubiera sentenciado; porque yo, si el rey me hubiera mandado ahorcarle, hubiera hecho una salvedad en la sentencia: no hubiera dicho.—Don Rodrigo de Santillana falla, sino el rey falla, y don Rodrigo de Santillana firma el fallo en nombre y por orden del rey. Pero Gabriel de Espinosa ha confesado; el rey, al comunicarle yo su confesion, me ha dicho: —«Pronunciad la sentencia, ahorcadle.»—He sentenciado, y solo exterminando al rey, obligándole á invalidar la sentencia,

dejará de ser ahorcado Gabriel de Espinosa esta tarde á las cuatro. Si yo en mi foro interno, usando de mi libre albedrío, apruebo ó no apruebo esta sentencia; si yo... He meditado tanto, que he llegado á vislumbrar un dia, que vendrá no sé dentro de cuánto tiempo, en que los reyes no serán lo que hoy son; en que los hombres pedirán al rey cuenta de lo que haga; yo, que vivo en estos tiempos, en que sobre el rey no hay nada más que Dios, cumplo con mi obligacion y con mi destino y con mi honra, como caballero, obedeciendo las órdenes del rey. No abuseis, pues, de que yo porque tengo corazon y alma, me aterro, me espanto, de la desgracia de ese hombre; no pretendais que yo, porque anego mi vista en el porvenir, porque por esta terrible prueba adivino que hay algo en la conciencia del hombre superior á la voluntad del rey, me aterro y sufro y tiemblo por la sentencia que sin ser mia, he echado yo sobre mi nombre. Yo espero que los que en el porvenir conozcan este proceso si es que este proceso no se destruye, harán justicia al honor, á la probidad, á la lealtad del desgraciado alcalde de casa y córte don Rodrigo de Santillana. Oid aún: si el rey me hubiera dejado libremente instruir este proceso, yo hubiera hecho una prueba ámplia; yo, levantándome á toda la altura de miencargo, hubiera sentenciado una de dos: ó que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian, y debia ser puesto en justicia sobre su trono, ó que Gabriel de Espinosa, por falsario, por impostor, debia ser ahorcado como un villano. Pero no se me ha dejado en libertad: el proceso está torturado, constreñido; se ha negado al reo la prueba que ha pedido con

insistencia; documentos que han debido constar en el proceso, han sido enviados vírgenes al rey sin que nadie los conozca, y han desaparecido, se han perdido en sus manos; yo he tenido el doble carácter de juez y de vasallo, y el vasallo no ha dejado obrar con libertad al juez. Esto os lo digo á vosotros: á vos, señora, que sois la esposa y la madre de los hijos de Gabriel de Espinosa; á vos, monseñor, que sois su hermano; pero no lo diré á nadie más. Yo, tal cual soy, y en los tiempos en que vivo, he cumplido dolorosamente con mi deber; me he visto obligado, mal que me pese, á sostener la honra de mi nombre como hidalgo y español por una parte, y por otra mi fama sin mancha de alcalde incorruptible, sostenida durante treinta años. Si con la ocasion de este proceso he llegado á vislumbrar cosas que traerá el tiempo, y que hoy no se comprenderian, cosas que, como la eterna verdad, son de todos los tiempos, ante el alma, ante la conciencia, ante Dios; compadecedme, porque no me he atrevido á luchar con mi tiempo; compadecedme, porque no me he atrevido á manchar entre mis contemporáneos mi nombre; compadecedme, porque como el señor Antonio Perez en sus *Relaciones*, no me he atrevido á decir que tanto malo harán las monarquías, que Dios se cansará de ellas y las barajará (1). Hoy no se me comprendería; hoy se me creeria vendido al oro y á la ambición, y yo no

(1) Véanse las *Relaciones* de Antonio Perez, impresas por aquel tiempo.

tengo valor para tan grande sacrificio; perdonadme, y dejadme á solas con mi conciencia.

## V.

Habia tal grandeza en las palabras, en el aspecto de don Rodrigo; rebosaba de todo ello una verdad tan terrible, que Yhay y Sayda Mirian, á pesar de la situacion terrible en que estaban, se sintieron dominados.

Sin embargo, la situacion era tal, tan extrema, tan desesperada, que Sayda Mirian sintió por muy poco tiempo y de una manera muy débil, la influencia de las palabras de don Rodrigo.

—¡Conque no hay esperanza! exclamó.

—Ninguna, señora, respondió el alcalde.

—¡Conque mis hijos van á quedar huérfanos! exclamó Mirian volviéndose de una manera suprema á la cuna donde dormian los niños. ¡Ellos huérfanos y yo desesperada!...

—¡Dios lo quiere, señora! contestó don Rodrigo con la vista fija en el suelo.

—¡No! gritó con energía Sayda Mirian. ¡Dios no lo quiere! ¡Dios no puede querer ese horror y esa injusticia! ¡Quien lo quiere, quien lo hace es el infame rey don Felipe y vos! ¡Vos, que sois su esclavo! ¡Un esclavo miserable y cobarde!

—¡Señora! exclamó don Rodrigo, á quien todo insulto irritaba.

—Basta, basta ya de palabras inútiles, dijo Yhay; lo que está escrito se cumplirá; no es el rey don Felipe el

que mata al rey don Sebastian; no es don Rodrigo de Santillana quien le lleva de la mano al patíbulo; es su destino, su fatal imprudencia, su locura. En Africa, en Venecia, en Francia ha debido morir mil veces, porque el que siempre vá buscando el peligro de una manera insensata, acaba por perecer en él.

—¡Pero esa muerte infame! exclamó ahogada por el llanto Sayda Mirian.

—El es valiente, dijo Yhay; para él la muerte no es aterradora; la ha visto muchas veces frente á frente sin temblar, la conoce; te resta un último y doloroso deber que cumplir, hermana, despues de haber arrostrado por él tantos sacrificios.

—¿Cuál?

—El de quitar sobre su alma el único temor que pueda amargar su agonía, el pensamiento de tu dolor, de tu desesperacion.

—¿Y cómo verle perecer de este modo, y no estar loca y desesperada?

—Tú eres hija y nieta de héroes y esposa de un rey muy bravo; tú no puedes entregarte al dolor como una mujer cualquiera; tú debes presentar la frente serena á la adversidad, al horror; tú debes inspirar á tu esposo la certeza de que soportas con valor el golpe para inspirarle el valor que le es tan necesario en sus últimos momentos; tú, aunque mueras despues, debes ser una heroína delante de él.

—¡Delante de él! dijo don Rodrigo.

—Si, contestó Aben-Shariar con firmeza; delante de él, porque vos vais á traerle aquí.